

Filosofando

## El arte de convivir

### Luis Armando Aguilar Sahagún

Por ‘convivencia’ puede entenderse el arte de compartir la vida mediante las numerosas formas en que es posible procurarla, cuidarla, acrecentarla y defenderla. Esta noción general o se refiere a la vida en abstracto, sino a la vida de las personas concretas que, en tiempos y espacios determinados, tienen que vérselas unas con otras, pudiendo compartir o no un destino o unos fines comunes.

La convivencia es un arte, porque el ser y el estar unos con otros supone la dificultad que la vida representa para cada cual. Asimismo, supone la diversidad de modos de ser, mentalidades, proyectos, situaciones y recursos para enfrentar las dificultades que envuelven la vida. En una palabra, la convivencia supone el conflicto en todas sus formas.

#### **Somos sociables e insociables**

Convivir no es algo que se da sin más, es algo que se debe procurar intencionalmente. Se puede estar junto con otros sin que eso signifique ya convivir. El animal social es, también, insociable. Hay algo huraño en el ser humano, así como hay lo ‘extático’, lo que lo saca de sí, el volcarse a los otros. Son posibilidades dentro de un espectro en el que el rechazo y la aceptación, la búsqueda del otro como mero satisfactor o como afirmación gratuita de su ser pueden darse, de forma simultánea.

La convivencia acontece con carácter dramático. Como actores, las mujeres y los hombres salen cada día a realizar sus labores, se encuentran unos con otros, colaboran, satisfacen sus necesidades, descansan y se recrean entre los otros y con otros. Si al hacerlo se reconocen y respetan como libres e iguales, la convivencia es humana. Si además lo hacen en el marco de un proyecto común, su convivencia es ciudadana, mejor dicho, cívica.

El arte de convivir supone desigualdades, tanto las deseables, es decir, las que hacen posible la afirmación y desarrollo de la riqueza propia, de la peculiaridad de cada persona, como las indeseables, las que infligimos a los demás por vía de las múltiples maneras en que podemos negarnos unos a otros, al grado de la destrucción y la violencia.

Hay que poner nombre concreto a todas estas generalidades para dar respuestas específicas, históricas, a la pregunta de cómo queremos y podemos convivir. Es decir, para que el vínculo ético sea reconocible como vida cotidiana y como vida institucional.

#### **Convivencia «enferma»**

La ciudadanía da forma jurídica, política y económica a la convivencia humana. Como la vida, la convivencia se desarrolla en formas sanas o enfermas.

Hay graves síntomas de que nuestra convivencia se ha enfermado; que nuestra ciudadanía es todavía, en buena medida, imaginaria o puramente formal. Hay ciudadanos de primera, segunda y tercera, es decir, que la ciudadanía es todavía, en esa medida, una ficción.

Las profesiones dan forma a los proyectos de vida. Por el privilegio que supone elegir, estudiar y ejercer una profesión, genera vínculos de carácter ético entre los seres humanos. La profesión genera un «plus» de responsabilidad frente a los otros, que es a la vez una oportunidad privilegiada para procurar vida, cuidarla, acrecentarla y defenderla. Lo público

es una dimensión de toda profesión. El servicio no es el nombre de una virtud particular ni de un oficio específico, sino exigencia inherente de toda dedicación laboral.

La composición de lugar para pensar la convivencia, es el mundo y sus espacios: el campo y la ciudad, el barrio y el coto exclusivo y excluyente, la colonia y la periferia, el pueblo y la metrópoli. Hoy podríamos decir, también, el mundo entero. Es también el tiempo de la vida, en sus ciclos y etapas, incluyendo la muerte.

El cuadro de Peter Brueghel el Viejo (h. 1525 1569) «Los refranes populares» es digno de una contemplación detenida, en cada una de sus escenas, los personajes y su conjunto. El cuadro puede resultar altamente cómico. «Cada loco con su tema» podría ser un refrán que describa lo que ahí ocurre: una vida sin convivencia, una contemplación llena de humor del *laissez faire*. De ahí que el cuadro presente asimismo un carácter trágico: lo que pareciera «la vida contada por un idiota» (Shakespeare), en la que cada vecino encarna una demencia, un modo de sacar ventaja de los otros, un soliloquio; en suma: una vida sin vínculos éticos ni cívicos.

Si ese cuadro, pintado hace casi quinientos años, refleja nuestra realidad social, es mera coincidencia. Si los ciudadanos de hoy reproducimos este cuadro, la ética nos priva del derecho a la resignación, de la privatización, la indiferencia. Si los profesionales desaprovechamos la oportunidad de compartir la vida mediante las numerosas formas en que es posible procurarla, cuidarla, acrecentarla y defenderla con el máximo esmero y solicitud, cometemos una enorme impostura.

### **La construcción de la convivencia**

La ciudad del hombre, el lugar donde habitamos, se construye desde un lugar: nuestro hábitat con los demás en lo más profundo de nuestra conciencia, con sus preocupaciones, penas y alegrías, sus ideales y proyectos, junto con los nuestros. El lugar que habita el hombre, su *ethos*, puede ser la ciudad, la nación, el mundo, sólo si en el corazón y en la mente de cada ciudadano —el modo de ser y configurar su ciudad interior— se fragua la ciudad donde todos nos enriquezcamos con todos.

Puede ocurrir que los ciudadanos centremos la mirada en los ámbitos profesionales donde nos desempeñamos; que olvidemos lo que ocurre en la casa de junto, en el pueblo adyacente. Podemos olvidar fácilmente que «si se está quemando la casa del vecino, se trata de un asunto que me compete». Sucede, de hecho, que la convivencia tiende a privilegiar espacios y modos de vivir la ciudadanía en que lo marginal no merece nuestra atención, o no la suficiente.

**Los niños están en casi todos los hogares.** También, en casi todas las esquinas, ya sea en las escuelas o en las calles de la periferia. Sus derechos han sido solemnemente declarados. En muchas partes se lucha por ellos. Ejércitos silenciosos de niños invaden la ciudad. Ejércitos bulliciosos de jóvenes deambulan desorientados, desempleados, por caminos del crimen, la discriminación y la deshumanización, ante la mirada impotente de ciudadanos preocupados. Centenares de ancianos yacen abandonados en los hospitales, las calles o sus propios hogares, carentes de una mínima atención verdaderamente humana.

Pensar la ciudadanía solidaria teniendo como foco a estas personas, comenzando por los niños y jóvenes, su salud, educación, desarrollo y derechos, es una tarea pendiente para todos los ciudadanos y profesionales.

Entre nosotros hay hombres y mujeres que siguen la pista de esos «no ciudadanos» por las calles y arrabales oscuros de la ciudad. Su labor discreta, su acompañar, cuidar, educar, como modos de solicitud, son un signo de que la deuda que tenemos las personas e instituciones hacia los niños y los jóvenes puede ser saldada con acciones reales cada vez más efectivas.

En un mundo que se rompe por el abuso, la anomia, la indiferencia y la violencia, la acción de ciudadanos solidarios puede ser no sólo un signo de esperanza, sino una pequeña luz en medio de la oscuridad de nuestras ciudades, sus monumentos, sus centros comerciales, rascacielos y luces de artificio.